

MOVIMIENTOS SOCIALES Y PARTICIPACIÓN COMUNITARIA COMO REFERENTES PARA LA TRANSFORMACIÓN SOCIAL EN OAXACA

Eduardo Bautista Martínez

IISUABJO

ecbm@iisuabjo.edu.mx

Iván Israel Juárez López

IISUABJO

ivaniisuabjo@gmail.com

RESUMEN

El objetivo del artículo es analizar a los movimientos sociales como referentes de transformación social *más allá de su carácter instrumentalista*, expresado en demandas de tipo económico o en las acciones visibles de los espacios públicos. Asimismo, busca identificar la importancia de la participación comunitaria en contextos en donde se despliegan otras formas de comprender y practicar la política, y desbordan las formas institucionalizadas de la participación política. Para sustentar este análisis, se retoma la experiencia local de Oaxaca, una entidad federativa del sureste mexicano que registra distintas movilizaciones sociales contra las prácticas autoritarias del poder político, entre las que podemos destacar las movilizaciones de maestras y maestros del magisterio oaxaqueño. Se concluye que, en la escalada de despliegues de movilizaciones, surgen acciones moleculares, con equivocaciones, festejos, contradicciones, que juegan un papel inesperado en tanto no responden a programas instrumentalistas, sino que hablan de reivindicaciones colectivas que se afirman de manera progresiva.

PALABRAS CLAVE

MOVIMIENTOS SOCIALES, AUTORITARISMO, PEDAGOGÍA POLÍTICA, PARTICIPACIÓN COMUNITARIA, OAXACA

ABSTRACT

The objective of the article is to analyze social movements as pedagogical references beyond their instrumentalist character expressed in economic demands or in the visible actions of public spaces, as well as to identify the importance that community participation acquires. To support this analysis, the local experience of Oaxaca is taken up, an entity in southern Mexico that records different social mobilizations against the authoritarian practices of political power, among which we can highlight the mobilizations of Oaxacan teachers. It is concluded that, in the escalation of mobilization manifestations, molecular actions emerge, with errors, celebrations, contradictions, which play an unexpected role in that they do not respond to instrumentalist programs, but rather speak of collective demands that are progressively affirmed.

KEYWORDS

SOCIAL MOVEMENTS, AUTHORITARIANISM, POLITICAL PEDAGOGY, COMMUNITY PARTICIPATION, OAXACA.

¿Qué aprendizajes nos dejan los movimientos sociales sobre las posibilidades de transformación social? ¿Cómo podemos identificar lo que en cada ocasión nos enseñan? Estas interrogantes son pertinentes ante la irrupción de múltiples movimientos desplegados en distintas escalas que rebasan los confines locales y fronteras nacionales. Así, podemos dar cuenta de movilizaciones de amplio alcance que emergieron desde fines del pasado siglo e inicios del presente, como la contra-cumbre de Seattle en Estados Unidos, la Primavera Árabe, el movimiento piquetero en Argentina, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional en el sur de México, entre muchos otros, con resonancias en los centros de la economía mundial pero también en las regiones periféricas de la misma, en donde los efectos de la devastación social son más palpables. Son las geografías de la protesta (Wallerstein, 2012) o geografías de la represión y resistencia (López-Bárceñas, 2013).

En México, las movilizaciones desplegadas en las calles y plazas de las principales ciudades han sido, sobre todo en las primeras dos décadas del presente siglo XXI, un recurso constante de negociación política entre demandantes y el aparato estatal, en donde se exhibe, por un lado, la crisis de la política institucional y la debilidad o inoperancia de los gobiernos en turno para encauzar adecuadamente las

demandas de amplios sectores de población y construir escenarios de gobernabilidad y democracia (Bautista, 2015). Por otro lado, los análisis de las movilizaciones sociales centran su atención, predominantemente, en aquellas acciones mediáticas, así como en las demandas específicas de tipo económico expresadas a través de quienes las dirigen a partir de explicaciones lógicas, “racionales” o de “identidad” (Olson, 1992; Tarrow, 2009; Melucci, 1994).

Así, lo que observamos son distintas expresiones de movilización social que van desde demandas legítimas hasta la presencia de grupos de choque; actores sociales que se manifiestan de manera pacífica o buscan la confrontación abierta y directa como parte de sus estrategias políticas a partir del bloqueo de calles. Sin embargo, estas perspectivas resultan insuficientes en la medida que quedan ocultas otras prácticas y otros procesos sociales que se construyen al interior de los distintos movimientos y que terminan considerándose irrelevantes o “irracionales” por quienes buscan la irrupción en el espacio público. Más allá de los matices y las particularidades, tenemos que considerar que detrás de cada movilización social, existen múltiples historias no visibles, infinitas experiencias de agravio acumuladas, de lazos de solidaridad negados, esperanzas de cambio social que aparecen a veces con claridad y otras veces no tanto, ubicando los escenarios y a los actores sociales más allá del momento de la irrupción. El arte de la resistencia está expresado en el discurso oculto, señala Scott (2000), que parece secundario al constituirse por formas lingüísticas, gestuales, por las formas en que los actores interactúan, en el modo que perciben sus experiencias, en los significados que otorgan a sus acciones que contradicen o tergiversan lo que aparece en el discurso público (p. 28).

El objetivo del artículo es analizar a los movimientos sociales como referentes de transformación social más allá de su carácter instrumentalista expresado en demandas de tipo económico o en las acciones visibles de los espacios públicos, así como identificar la importancia que adquiere una perspectiva comunitaria y territorial en contextos de diversidad cultural en donde se despliegan otras formas de comprender y practicar lo político, desbordando las formas institucionalizadas de la participación política. Para sustentar este análisis, se retoma la experiencia local de Oaxaca, una entidad del sureste mexicano que registra distintas movilizaciones sociales contra las prácticas autoritarias del poder político y la violación sistemática de derechos individuales y colectivos entre las que podemos destacar las movilizaciones sociales de maestras y maestros del magisterio.

Si bien no hay un guión trazado ni fórmulas establecidas para la formación de actores locales, la propuesta del artículo es que podamos reconocer en los aside-

ros locales el despliegue de luchas acumuladas desde hace tiempo, cuyo potencial pedagógico de enseñanzas y aprendizajes requieren que podamos trascender la inmediatez de las acciones mediáticas para reconocer que, al interior de las mismas movilizaciones, se despliegan otras luchas que juegan un papel inesperado en tanto las acciones no responden a programas instrumentales de victorias o fracasos sino que nos hablan de reivindicaciones colectivas que recorren los más diversos ámbitos de la vida comunitaria. En este sentido, la política de la participación comunitaria tiene relevancia en tanto tiene una gramática política propia en Oaxaca; nos habla de la defensa de los cerros, de los ríos, de los alimentos nativos, de una educación en apego a realidades vivenciales, de la defensa de la naturaleza y los territorios frente a la voracidad de quienes le ponen precio en el mercado de la economía global.

La ruptura de las estructuras autoritarias y los movimientos sociales

En México, las movilizaciones sociales para la expresión de la protesta pública no son nuevas, han sido un recurso permanente en el trabajo de actores locales y organizaciones sociales ante una gama de inconformidades que van desde situaciones particulares como la afectación de intereses personales hasta demandas colectivas de carácter público por agravios provocados por las estructuras de poder político. No obstante, las movilizaciones adquieren distintos matices, sobre todo en regiones y comunidades en donde las tendencias autoritarias del poder, lejos de debilitarse o erradicarse, se han revitalizado con intensidad y han generado una indignación social que puede entenderse, no como movimiento, sino como estado de ánimo, y expresarse de maneras diversas (Bringel, 2017).

La problemática se agudiza cuando nos enfocamos en regiones en donde predomina una amplia población rural e indígena que sigue registrando distintos rezagos sociales, como Oaxaca, una entidad del sureste de México que cuenta con la mayor diversidad cultural, lingüística y de recursos naturales del país. La estadística registra una población indígena que supera el 32 por ciento del total de la población, distribuida en 16 grupos etnolingüísticos, con sus respectivas variantes (García Vargas, 2018). Paradójicamente, esta diversidad está permeada de profundas desigualdades que colocan a la población indígena en los mayores niveles de rezago, superiores a la media nacional.

En este sentido, a las estructuras de poder y dominación hay que enmarcarlas en un proceso social e histórico mucho más amplio, enraizado en estructuras centralizadas de poder colonial y de dominio político que persisten en Oaxaca; en las prácticas autoritarias de actores del Estado, vinculados en entramados de poder local con élites políticas y económicas en las comunidades, que mantienen control en los territorios; en la implementación de modelos de desarrollo que han operado de manera vertical y centralizada, sobre todo en las comunidades con ubicación geográfica estratégica en términos económicos, una tendencia registrada desde inicios del siglo xx (Reina, 1994).

En Oaxaca, las prácticas autoritarias han regido largos periodos de concentración del poder y abusos de los gobernantes en turno. Las expresiones autoritarias podemos situarlas desde la plena arbitrariedad en las decisiones gubernamentales, la falta de transparencia en el manejo de recursos públicos, discrecionalidad en la aplicación de la justicia y el uso faccioso de la legalidad, hasta la represión abierta de las disidencias. Esta situación fue favorecida por el corporativismo perpetuado en el siglo pasado en las regiones y la operación de relaciones clientelares entre élites locales y una población empobrecida, en donde el autoritarismo local fue adquiriendo mayor predominio. En el presente siglo, lo que presenciamos es una fragmentación estatal, en la perspectiva de Roux (2009), cuyo proceso es la desintegración del mando estatal y el desmoronamiento del andamiaje en que se sostenía la unidad política entre sectores de la sociedad civil y el Estado. Las consecuencias de esta situación han derivado en distintos agravios, injusticias que quedan en la impunidad, en casos de corrupción que son más escandalosos, en el enriquecimiento de funcionarios de alta responsabilidad, en la imposición de pautas sociales, culturales y económicas en regiones como Oaxaca, sin respetar la riqueza plural y la historicidad de los territorios, generando la descomposición de las formas de vida comunitaria que se traduce en una inestabilidad política.

Además, Roux (2009) refiere una difusión de las instituciones de la democracia liberal (sistemas de partidos y elecciones) como paradigmas de legitimidad política, así como la destrucción de los pactos corporativos de bienestar material y de regulación estatal. “Este proceso incluye el desmontaje de los viejos patrones de negociación colectiva, así como el desmantelamiento de los sistemas estatales de seguridad social y su sustitución por políticas asistenciales selectivamente dirigidas” (p. 244). Ante estos problemas, diversos actores locales han mostrado su inconformidad y hartazgo hacia los gobernantes, así como el rechazo a las formas institucionalizadas de participación política. Por ejemplo, entre junio y noviembre del año 2006 se re-

gistró en esta entidad del país una etapa de conflictividad política sin precedentes, marcada por la inconformidad de diversos sectores que expresaron su rechazo a los abusos de la autoridad y la multiplicación de expresiones de organización y solidaridad.¹ En aquella ocasión, amplios sectores se adhirieron a la causa de maestros y maestras del magisterio que pugnaban por una serie de reivindicaciones laborales y que fueron agredidos en un intento de desalojo que derivó en el escalamiento de las movilizaciones.

A partir de ese año, las estructuras autoritarias de control y dominio reventaron en pedazos lo que dio paso a una restauración accidentada de la estabilidad social y política ante la inoperancia del poder estatal para procesar demandas colectivas de los actores movilizados. En este sentido, desde la perspectiva de nuestro tiempo presente, podemos señalar que los actores sociales han establecido sus propias prioridades y agendas de acción; hay quienes han dejado de lado las alianzas alcanzadas durante el conflicto político del año 2006 para continuar por separado, al tiempo que las prácticas autoritarias han buscado reestablecerse sistemáticamente, lo cual ha configurado una profunda crisis política ante la ausencia de canales de interlocución, cuyas tensiones desembocan en nuevas arbitrariedades y agravios sociales hasta este momento.

Toman las calles maestros y maestras para recordar agravios y denunciar intromisiones. También alzan la voz los familiares de los asesinados, desaparecidos y demás víctimas de la represión estatal. Protestan los comerciantes ante el incumplimiento de compromisos y la imposición de restricciones por parte de las administraciones públicas. Se movilizan los concesionarios del transporte público a través del cierre de vialidades; taxistas denuncian casos de corrupción de funcionarios o la protección de los intereses de ciertos dirigentes. La proliferación de actores que se movilizan en Oaxaca desborda los procedimientos institucionales para su solución. Así, las movilizaciones sociales han buscado llenar los vacíos institucionales como los nuevos canales de gestión ante una crisis política que se ha vuelto una normalidad en tanto se ha naturalizado en la cotidianidad de las personas.

1 El día 14 de junio del año 2006 fuerzas policíacas intentaron desalojar a los maestros y maestras que habían ocupado el zócalo de la ciudad de Oaxaca, como medida de presión para obtener reivindicaciones salariales y diversas prestaciones sociales. Este día, la Policía Estatal recibió la orden del entonces gobernador para desalojar el plantón de los maestros en el Zócalo; aunque la acción de la Policía Estatal resultó fallida, este hecho desencadenó un conflicto de mayores proporciones, expresado en constantes violaciones a los derechos humanos a partir de la violencia y represión contra maestros, maestras, organizaciones, colectivos, activistas.

Los movimientos sociales, más allá de sus derroteros

En Oaxaca, la magnitud de las movilizaciones en las calles durante y después del año 2006 no se había visto antes; el levantamiento y defensa de las barricadas se había extendido rápidamente a los barrios y las colonias marginadas, se ocuparon medios de comunicación locales (Zires, 2008) y surgió una producción artística nunca vista (Lache, 2008, Nahón, 2017). En esta gama de movilizaciones encontramos las acciones del magisterio oaxaqueño articulado desde la década de los ochenta del siglo pasado en torno a la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE), en sus demandas de democratización sindical y en la lucha contra múltiples cacicazgos locales que predominan en las zonas de pobreza y marginación social en donde se desenvuelven los y las maestras indígenas. Durante mucho tiempo, el movimiento magisterial ha jugado un papel fundamental no sólo al interior de las aulas sino como líderes comunitarios, integrantes de organizaciones, asesores de autoridades municipales y, en muchos casos, han adoptado posiciones críticas y de rechazo a formas de control político (Bautista, 2013).

No obstante, la lectura de las movilizaciones sociales se hace a partir de las acciones resonantes que se realizan en los espacios públicos, en detrimento de aquellas acciones que están alejadas de la atención de los medios de comunicación masiva y son relegadas al registro anecdótico. En el caso de la posición disidente de la sección magisterial oaxaqueña, lo que se ha visibilizado son los reclamos de tipo gremial y económico que se buscan resolver a través de paros constantes de actividades escolares, así como marchas y plantones en la capital del estado. Holloway (2005) señala: “Distintas expresiones se expulsan o a un campo irracional, si las juzgamos desde la racionalidad dominante o a un terreno pre-político si las juzgamos desde la doctrina revolucionaria del pasado por su debilidad organizativa e ideológica” (2005, p. 83). Así, bajo esta lectura prevalece una jerarquización entre las acciones, en donde se otorga mayor importancia a aquellas acciones disruptivas en los espacios públicos ante la percepción inmediata de que entre mayor sea la escala de las acciones, mayores son también las posibilidades de obtener respuestas favorables a las demandas planteadas.

Así, pese a sus respectivas diferencias, las movilizaciones sociales en Oaxaca comparten el rasgo común de la búsqueda de un cambio, expresado en determinadas demandas económicas que dirigen hacia el aparato estatal, es decir, el Estado se convierte en el eje de la acción social y política que reduce a las movilizaciones

a herramientas o *instrumentos* para alcanzar ciertos fines. Gutiérrez (2015) señala que estamos ante la paradoja de la teoría de los movimientos sociales que, si bien pretendían ser la ampliación renovada de la comprensión de las luchas y sus potencialidades transformativas, más allá del corsé clasista ortodoxo, en su lugar se han convertido en un esquema argumental Estado-céntrico que termina por opacar o negar otras experiencias de luchas que no necesariamente colocan sus expectativas de cambio social en el planteamiento de demandas hacia el Estado.

En Oaxaca, el movimiento magisterial ha constituido uno de los grupos de intermediación más importante con la clase gobernante, lo que le ha generado que algunos dirigentes del gremio sean acusados de centralizar decisiones y formar alianzas para su incorporación a distintas posiciones burocráticas en los gobiernos y partidos políticos. Este carácter instrumental de las movilizaciones sociales depende, sobre todo, de recursos, organización y oportunidades que tengan los actores movilizados para actuar en acciones colectivas. Tarrés (1992) señala: “El proceso de movilización se conforma, por un lado, alrededor de individuos insatisfechos con un orden, que acumulan fuerza y desarrollan estrategias para incrementarlas; y, por otro, por actores que defienden el orden y manejan el control social porque son ellos quienes controlan los recursos que están en juego” (p. 745).

A partir de esta perspectiva, el éxito o el fracaso de una movilización social se determina sólo cuando se incrementan los beneficios o se les reconoce a quienes se movilizan como actores políticos por parte del Estado. Sin embargo, cuando los objetivos y demandas no se logran alcanzar, los despliegues de los actores movilizados poco interesan porque lo importante es replantear nuevas estrategias, redefinir los objetivos iniciales y emprender nuevamente acciones a partir de cálculos racionales, sin equivocaciones o errores que puedan conducir a nuevos “fracasos” del movimiento.

La perspectiva de la “estructura de oportunidad política”, según Tarrow (2009), refiere a la racionalidad de los actores sociales para decidir qué estrategias o recursos de acción convienen en coyunturas específicas para alcanzar objetivos y demandas. El movimiento magisterial, al retomar las movilizaciones, ha constituido un recurso de negociación política de su pliego petitorio, cuya demanda más visible se coloca en la rezonificación económica y peticiones de tipo gremial, aunque nunca había llegado al uso de la fuerza pública como ocurrió aquella madrugada del 14 de junio del año 2006. Ese conflicto derivó en la ruptura con el poder estatal y una escalada de mayores proporciones, con la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca (APPO) en donde se asumió como principal demanda la salida del gobernador, identificado como responsable de la agresión policiaca.

Sin embargo, bajo esta lógica de pensar los movimientos sociales surge una noción de “derrota” si pensamos que la demanda principal de la salida del gobernador no se alcanzó, pues este personaje pudo concluir su periodo constitucional en noviembre de 2010. Nuestro argumento es señalar que la identificación de las movilizaciones sociales como referentes de transformación social implica que podamos trascender de entrada esta dimensión instrumentalista que resulta de la subordinación con el poder estatal. Garza (2016) señala que, a pesar de los distintos grados de violencia que puedan implicar, las movilizaciones sociales no alteran en ningún sentido la estructura fundamental de la relación, es decir, un grupo movilizadado que demanda al Estado tomar una decisión en un sentido determinado. El grado de violencia puede variar, pero la posibilidad de tomar la decisión sigue en el mismo polo de la relación, reproduciendo una subordinación constante entre el Estado y las movilizaciones sociales aun cuando logran alcanzar sus demandas y objetivos.

Bajo esta lógica, las movilizaciones sociales se administran, se atienden, se estiran, se infiltran, se manipulan, pero cuando no convienen o rebasan al poder estatal, simplemente se les reprime, provocando el escalamiento de la violencia. Otra problemática, a partir de este carácter instrumental, tiene que ver con el menosprecio de otros procesos desplegados, empíricamente dispersos, sin recursos o estructura organizativa. Es decir, si las acciones multitudinarias como referentes de transformación social —con su estructura y capacidad de organización— no pueden alcanzar las demandas trazadas en las movilizaciones, existen menores posibilidades que acciones pequeñas puedan lograrlo. En este sentido, los actores que despliegan sus acciones en el trabajo de base de las movilizaciones sociales tienden a desaparecer del campo de observación para aglutinarse en torno a discursos de líderes y la generalización de objetivos y demandas. Poco o nada se conoce acerca de las subjetividades de rechazo de los actores sociales que no figuran en los discursos, objetivos o demandas planteadas en las acciones multitudinarias, subjetividades veladas en la uniformidad de quienes dirigen siempre los movimientos sociales.

La experiencia del movimiento magisterial oaxaqueño implica, entonces, la necesidad de una lectura de mayor complejidad de los movimientos sociales en contextos de diversidad cultural, más allá de las acciones encabezadas por sus dirigentes y líderes, para mostrar la irrupción de una pluralidad de experiencias múltiples y contradictorias. Tales derroteros marcan el papel político que tienen maestras y maestros oaxaqueños como factor de ajuste y continuidad de las estructuras del poder político local, pero también de rupturas ante los agravios infligidos desde las estructuras autoritarias del poder político. Por lo tanto, la comprensión del mo-

vimiento magisterial implica que podamos rebasar los calificativos inmediatos de un sector que adquiere visibilidad exclusivamente por sus férreos mecanismos de control gremial o por sus acciones mediáticas en la ciudad de Oaxaca.

Hacia una política de la participación comunitaria con perspectiva territorial

Que podamos ir más allá del carácter instrumentalista de los movimientos implica visibilizar las experiencias de múltiples actores anónimos que no colocan sus esperanzas de cambio en demandas gremiales o económicas; mujeres y hombres que no buscan integrarse a las posiciones del aparato burocrático y tampoco se organizan en partidos políticos para construir posibilidades de cambio. Al interior de los propios movimientos sociales se despliegan acciones moleculares que juegan un papel inesperado como referentes de transformación social en tanto carácter intempestivo que caracteriza a las luchas, de “errores” y festejos para hacer vivible algo que básicamente no lo es en nuestras sociedades contemporáneas, como señala Echeverría (2000). Scott (2000) señala que, dada la violencia por las élites terratenientes, la lucha de los campesinos era por necesidad prudente, es decir, en vez de rebelarse directamente o de protestar de manera pública, los campesinos recurrían a formas más seguras de rechazo: atentados anónimos a la propiedad, la caza en vedado, la difamación. Al respecto señala: “(...) fuera del escenario, donde los subordinados se reúnen lejos de la mirada intimidante del poder, es posible el surgimiento de una cultura política claramente disidente. Los campesinos en la relativa seguridad de sus barracas pueden expresar su cólera, sus deseos de venganza, de autoafirmación, sus agravios, todo lo cual normalmente deben tragarse cuando están en presencia de sus amos y amas” (2000, p. 47).

En este contexto, las acciones comunitarias se convierten en expresiones de resistencia frente a las formas tradicionales de hacer política y gobierno. Autores como Ouviaña (2020) refieren que la perspectiva comunitaria en las movilizaciones es un eje directriz de sus prácticas territoriales y sus modalidades de resistencia cotidiana, pero también evidencia que no es posible reducir lo público ni, menos aún, a la dimensión del aparato estatal, ya que la participación comunitaria ha sido y es moldeada por procesos de sociabilidad e iniciativas de autogestión que preceden. Así, en las comunidades, se cuestiona el orden de las instituciones políticas y buscan tomar el control de sus vidas en sus propias manos, más allá de un carácter

instrumental de victorias o fracasos. Insistir en la tristeza de las luchas “perdidas” significa, al fin de cuentas, identificarse con la omnipotencia de los dominadores, señala Nasioka (2017). Quizá alguno de los casos más conocidos por su persistencia sean el municipio de Cherán, K’eri en el estado de Michoacán, o la experiencia del zapatismo en Chiapas que, pese al control ejercido por el poder estatal, rompen con las estructuras de dominio político, se segmentan de partidos políticos e intentan posibilidades de transformación a partir de dinámicas comunitarias.

Esta política desplegada en las estructuras de la vida local no resulta ajena en una entidad como Oaxaca en donde existen experiencias comunitarias que son poco difundidas mediáticamente, pero no por ello son menos relevantes. Desde la perspectiva de Pleyers (2018), estamos frente a una gramática de la acción, en donde los diversos actores sociales optan por la “vía de la subjetividad” a partir de la defensa de la autonomía de su experiencia vivida, de su subjetividad y de su creatividad, ya sea a nivel comunitario o individual. En este sentido, podemos destacar las movilizaciones sociales de los maestros y maestras indígenas por el reconocimiento de la educación bilingüe intercultural y múltiples pedagogías acordes a las necesidades de la vida de las comunidades, lo cual va más allá de una simple demanda aislada por un tipo de educación alternativa; estas acciones se inscriben en un proceso amplio de reivindicaciones colectivas de largo plazo. A la movilización del magisterio podemos sumar acciones de actores anónimos que siguen desplegando expresiones artísticas, festivas, comunicativas en Oaxaca, en donde se busca recuperar imaginarios populares de la vida comunitaria, particularmente el carácter asambleario en sus formas organizativas.

La lucha desde una perspectiva comunitaria no tiene modelos a seguir, no tiene recetas, no plantea objetivos más allá del propio antagonismo. Gutiérrez (2015) señala: “El acercamiento a la lucha como clave central de comprensión no se concentra en la posibilidad de cierre del proceso de lucha y/o reorganización del cuerpo social a partir del reacomodo de los antagonismos que lo desgarran. Más bien, se asume el curso de las luchas como flujos continuos, aunque intermitentes de tales antagonismos desplegados” (2015, p. 23).

Lo anterior tiene sentido si consideramos que los maestros y maestras, desde la base social del magisterio oaxaqueño, que participaron en los acontecimientos de 2006 han jugado un papel crucial en las regiones y localidades más alejadas de los centros urbanos, con acciones que trascienden la educación formal e inciden en el ámbito político, económico y social. Si por una parte encontramos formas de control caciquil, en donde un sector del magisterio se ha acomodado en diversas

posiciones de la estructura burocrática del poder político, también encontramos experiencias menos visibles de maestros y maestras que participan en las estructuras del gobierno local y son defensores de formas de organización comunitaria y promotores de pedagogías alternativas. Sánchez y Del Pino (2008) señalan que la participación comunitaria “va más allá de la toma de decisiones por parte de los miembros de la comunidad, implica compromiso y responsabilidad en la misma, es aquella que involucra un proceso de aprendizaje” (2008, p. 39).

Bajo esta dinámica, las y los maestros indígenas han ido encontrando mayores sentidos para su práctica social. Por ejemplo, los proyectos de educación bilingüe intercultural no se quedan en las aulas escolares, sino que buscan fortalecer a las comunidades a través del principio de la autogestión que constituye un punto de partida de las luchas por el reconocimiento que se tiene desde hace tiempo para recuperar saberes de las comunidades y hacer frente a la discriminación y exclusión social. Esta demanda ha sido llevada a la agenda de las movilizaciones sociales que irrumpen en Oaxaca en donde el magisterio disidente participa e inscribe estas luchas poco visibles en coordenadas más amplias como la defensa de la educación pública y la oportunidad de denunciar la exclusión histórica de que han sido objeto las comunidades indígenas. Si bien este análisis de las acciones concretas de actores ha dependido de las características específicas del magisterio oaxaqueño y de su historia local, es posible vincular estas experiencias de lucha a condiciones de mayor alcance, ubicando el escenario local y los agentes del conflicto más allá del momento en que irrumpen, en el marco de un largo proceso de acumulación de agravios e injusticias sociales, lo cual se convierte en un referente central para pensar la transformación social desde estos ejes.

La lucha, señala Gutiérrez (2015), “es la manera en la que el antagonismo social, de manera polimorfa, se despliega en el cuerpo social, exhibiendo su calidad desgarrada y presentando sus heterogéneos anhelos de transformación” (2015, p. 19). Por lo tanto, la participación comunitaria no es una apelación conservadora o una apología de usos y costumbres como algo estático, sino como estrategia vital de recomposición del tejido social en entramados de luchas contemporáneas que entablan las fuerzas antagónicas de la etnofagia globalizadora y las resistencias autonomistas, como señala Díaz-Polanco (2006). Esta comprensión implica tomar distancia de idealismos que piensan a la vida comunitaria como paraísos terrenales, sin historia, debido a que ese estereotipo enmascara una lógica racista y folclórica de que las comunidades quedaron atrapadas en el pasado.

Contrario a la lógica anterior, las comunidades en Oaxaca mantienen una posición de resistencia y reposicionamientos ante la discriminación y la exclusión de

varios siglos en los que se les ha impedido todo tipo de desarrollo autónomo, referente a su estructura política, sus lenguas, sus culturas y su educación. La experiencia de las comunidades tiene que ver más con la participación directa, en asambleas y en servicios directos, instancias en las que se promueve la cohesión social y el servicio como valores que resultan ajenos al individualismo predominante en el modelo de democracia liberal. En este contexto, podemos entender la experiencia de comunidades de Oaxaca para vincularse a procesos de exigencia de justicia, en movilizaciones en defensa de los derechos humanos, en defensa de los territorios, en repudio de la acción o inacción de instituciones de gobierno. Hablar de la política de la participación comunitaria implica que podamos ampliar el enfoque de la participación política restringida a la tradición liberal que define formas correctas e incorrectas de participación política como categoría normativa, para visibilizar a las y los actores involucrados en procesos organizativos que desde lo comunitario están participando e incidiendo en problemáticas referentes a la revalorización de sus culturas, educación alternativa, promoción de espacios de difusión, así como involucrándose en asambleas comunitarias como instancias de elección, deliberación, participación y toma de decisiones en sus entornos inmediatos.

Pensar los movimientos sociales como referentes de transformación social implica reconocer y dar fortalecimiento a la participación comunitaria desplegada en múltiples procesos y estrategias locales que se desarrollan fuera de la visibilidad mediática y acordes a la realidad social de las comunidades. Los anteriores configuran una oportunidad de apertura de nuevos procesos dentro de la diversidad para identificar procesos inacabados, contradictorios, conflictivos en donde actores locales colocan reclamos y reivindicaciones colectivas más amplias. Tampoco podemos generalizar o abordar de manera homogénea las condiciones desiguales de los actores locales; de quienes se encuentran en los centros urbanos y en las comunidades rurales e indígenas. Y entre la población indígena, el protagonismo que tienen las mujeres que se encuentran en condiciones de una mayor desventaja. La política de participación comunitaria tiene que apegarse a las realidades vivenciales de los actores locales para posibilitar un actuar más crítico y colectivo contra la desigualdad social, para recuperar acciones para una educación intercultural, inclusiva y vinculada al reconocimiento de sus culturas, a la toma de conciencia sobre las relaciones con la naturaleza, los territorios.

La propuesta es que sean esos aprendizajes situados que se retoman en las movilizaciones sociales los que puedan dar contenido y orientar a nuevos procesos de transformación social en lo local, bajo la consideración de que las acciones de

los movimientos sociales no pueden asociarse a una sola persona, sino observarse como material para la formación común de actores locales anónimos vinculados con sus territorios, con la protección de los recursos naturales, involucrados en formas de organización política y formas de gobierno local, etcétera, para construir, como dicen en el sureste mexicano, “otros mundos” en donde puedan resarcirse omisiones y discriminaciones históricas de las estructuras autoritarias del poder político. Por ello, por su complejidad, la dinámica política oaxaqueña no se limita a una dimensión localista, sino que se halla en el intersticio de un conjunto de movilizaciones sociales que emergen en diversas partes del país y alrededor del mundo, surgidas de las inconformidades contra los abusos y las arbitrariedades de quienes detentan los poderes gubernamentales, en rechazo de las estructuras autoritarias del poder político. La importancia de estas movilizaciones, en tanto espacios de resistencias y subjetividades radica en que podamos explorarlas en las historias no visibles que se encuentran detrás de las expresiones públicas.

Conclusiones

Con la discusión realizada podemos señalar que la irrupción de los distintos movimientos sociales alrededor del planeta, su persistencia, lenguajes, esperanzas de cambio y de emancipación humana, no pueden analizarse exclusivamente a partir de las acciones visibles que irrumpen en los espacios públicos y concentran los reflectores mediáticos. En este sentido, se buscó ir más allá del carácter instrumentalista de los movimientos a partir de una perspectiva comunitaria que implica visibilizar la participación de múltiples actores que no colocan sus esperanzas de cambio en el planteamiento de demandas puntuales y las acciones mediáticas en los espacios públicos. Podemos considerar así que la participación comunitaria es un referente de transformación social más allá de este carácter instrumentalista en que se analizan a los movimientos sociales. Las experiencias locales en Oaxaca, entre las que podemos destacar las movilizaciones sociales de maestras y maestros del magisterio oaxaqueño, permiten identificar otras formas de comprender y practicar la política dentro de las estructuras locales. La accidentada trayectoria de las movilizaciones del magisterio oaxaqueño nos muestra los estragos de la represión política por parte del poder estatal en un contexto de ajustes y continuidades de las prácticas autoritarias en donde se han sentado

marcas no visibles a primera vista en el ánimo colectivo y en las subjetividades de rechazo al ejercicio despótico del poder.

Así, más allá de cualquiera de sus derroteros, podemos concluir que en las movilizaciones sociales existen múltiples expresiones de descontento que irrumpen de formas aparentemente dispersas, sin recursos o estructura organizativa, que no están concentrando sus esfuerzos en el planteamiento de demandas sindicales o económicas hacia el Estado. La dinámica política de Oaxaca en el siglo XXI nos sigue marcando la necesidad de una interpretación de mayor complejidad, más allá de las movilizaciones sociales encabezadas por sujetos en singular, para mostrar la irrupción de una pluralidad de procesos sociales que surgen en las dinámicas de la vida comunitaria en donde se entremezclan antiguas y nuevas luchas por reivindicaciones de largo alcance, dejando huella de saberes y nuevos aprendizajes para las nuevas generaciones de activistas sociales oaxaqueños.

Por lo tanto, nada más oportuno que discutir la política comunitaria en esta entidad federativa del sureste mexicano en donde existe una fuerte tradición organizativa, aunque no estática, en donde las comunidades se organizan, participan y aportan. Esta participación tiene un léxico político propio de trabajo de solidaridad, de compartir y de construcción inacabada de autonomías. La política de la participación comunitaria trata de la defensa de la vida, de la vida que es necesaria en comunidad, de los saberes de todos y todas; es la lucha por la defensa de las decisiones de la comunidad sobre su presente y futuro colectivo. La comprensión de otras formas de la política no implica el desinterés o la “apatía” de las comunidades como refieren constantemente las encuestas nacionales sobre cultura política y prácticas ciudadanas, sino como una concepción mucho más amplia de la política que no se reduce a los momentos electorales o su carácter instrumentalista. En este sentido, queda mucho por aprender de las movilizaciones, tanto de las limitaciones de quienes las dirigen, pero también de las “impurezas” y contradicciones constantes de los actores anónimos que se movilizan, particularmente en un escenario de postpandemia que asedió al mundo entero y que nos colocó ante nuevos retos y aprendizajes. Lo más claro en medio de la tormenta es que no hay certidumbre y la enseñanza más importante es que el futuro colectivo no puede quedar en manos de personas en singular ni de un pequeño grupo de “ilustrados”. La construcción del presente y del futuro corresponde a todos y todas, a los miles de actores anónimos que no figuran en los medios de comunicación ni están presentes en los debates que dominan la política partidista.

Referencias

Bautista, E

(2015). *La política y las calles. Resistencias y continuidades en Oaxaca*. Miguel Ángel Porrúa.

Bautista, E.

(2010). *Los nudos del régimen autoritario. Ajustes y continuidades de la dominación en dos ciudades de Oaxaca*. Miguel Ángel Porrúa.

Bautista, E.

(2013). Reivindicaciones de la educación intercultural en los movimientos sociales. El caso de la lucha de maestros indígenas en Oaxaca. En A. Cruz-Manjarrez (coord.), *Multiculturalismo y minorías étnicas en las Américas* (pp. 135-155). Universidad de Colima.

Bringel, B.

(2017). Movimientos sociales y la nueva geopolítica de la indignación global. En B. Bringel y G. Pleyers (eds.), *Protesta e indignación global: Los movimientos sociales en el nuevo orden mundial*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales – FAPERJ. http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20171204044413/Protesta_e_indignacion_global.pdf

Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (CONEVAL).

(2020). Informe de pobreza y evaluación 2018. https://www.coneval.org.mx/coordinacion/entidades/Documents/Informes_de_pobreza_y_evaluacion_2020_Documentos/Informe_Oaxaca_2020.pdf

Díaz-Polanco, H.

(2006). *Elogio de la diversidad. Globalización, multiculturalismo y etnofagia*. Siglo XXI.

Echeverría, B.

(2000). *La Modernidad de lo Barroco*. México: Era

García Vargas, L.

(2018). Radiografía demográfica de la población indígena de Oaxaca. *Oaxaca Población Siglo XXI*, 41, 7-20. <https://productosdigepo.oaxaca.gob.mx/recursos/revistas/revista41.pdf>

Garza, M.

(2016). *Insurrección, fiesta y construcción de otro mundo en las luchas de la APPO. Oaxaca 2006-2010*. Juan Pablos Editor.

Gutiérrez, R.

(2015). *Horizonte comunitario-popular: Antagonismo y producción de lo común en América Latina*. Editorial Autodeterminación.

Holloway, J.

(2005). *Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy*. Vadell Hermanos Editores.

Lache, P.

2008). La calle es nuestra: Intervenciones plásticas en el entorno de la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca. En Víctor Martínez (coord.) *La APPO: ¿rebelión o movimiento social? (nuevas formas de expresión ante la crisis)*. Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca.

López-Bárceñas, F.

(2013, 28 de mayo). Geografía de la represión y la resistencia. *La Jornada* <https://www.jornada.com.mx/2013/05/28/opinion/012a1pol>

Melucci, A.

(1994). La acción colectiva como construcción social. *Estudios Sociológicos*, 26, 357-364. <https://doi.org/10.24201/es.1991v9n26.911>

Nahón, A.

(2017). *Imágenes en Oaxaca: arte, política y memoria*. Cátedra Jorge Alonso. <http://www.catedraalonso-ciesas.udg.mx/sites/default/files/imagenesenoaxaca.pdf>

Nasioka, K.

(2017). *Ciudades en insurrección. Oaxaca 2006/ Atenas 2008*. Cátedra Jorge Alonso.

<http://www.catedraalonso-ciesas.udg.mx/sites/default/files/ciudadeseninsurreccion.pdf>

Olson, M.

(1992). *La lógica de la acción colectiva*. Limusa.

Ouviña, H.

(2020). Movimientos populares, Estado y procesos comunitarios. Tensiones y desafíos desde América Latina. *Millcayac - Revista Digital de Ciencias Sociales*, 7(13), 441-464. <https://revistas.uncu.edu.ar/ojs3/index.php/millca-digital/article/view/2936/2759>

Pleyers, G.

(2018). Movimientos sociales en el siglo XXI: perspectivas y herramientas analíticas. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. https://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20181101011041/Movimientos_sociales_siglo_XXI.pdf

Reina, L.

(1994). *Economía contra sociedad. El Istmo de Tehuantepec 1907-1986*. Nueva Imagen.

Roux, R.

(2009). El Príncipe fragmentado: México: despojo, violencia y mandos. En: *Los condicionantes de la crisis en América Latina. Inserción internacional y modalidades de acumulación*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. <https://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/gt/20160219040851/11roux.pdf>

Sánchez, L. y Del Pino, M.

(2008). Una mirada a la participación comunitaria en el proceso de contraloría social. *Revista Paradigma*, 29 (2), 35-53. <http://revistaparadigma.online/ojs/index.php/paradigma/article/view/412/409>

Scott, J.

(2000). *Los dominados y el arte de la resistencia*. Ediciones Era.

Tarrés, M.

(1992). Perspectivas analíticas en la sociología de la acción colectiva. *Revista Estudios Sociológicos*, 30, 735-757. <https://doi.org/10.24201/es.1992v10n30.946>

Tarrow, S.

(2009). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Alianza.

Wallerstein, I.

(2012, 3 de junio). *La lucha mundial de clases: la geografía de la protesta*. *La Jornada*. <https://www.jornada.com.mx/2012/06/03/mundo/026almun>

Zires, M.

(2008). Estrategias de Comunicación y Acción Política. Movimiento Social de la APPO - 2006. En V. Martínez (coord.) *La APPO: ¿rebelión o movimiento social? (nuevas formas de expresión ante la crisis)*. Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca.